



CARLOS DE LA FUENTE Y PÉREZ-VILLAMIL

# EL CORAZÓN DE LOS LOBOS

**Click**  
EDICIONES

*Esta novela está dedicada a todos aquellos hombres y mujeres que arriesgaron e incluso perdieron su vida,  
bien porque creyeron tener un deber como alemanes o por la obligación impuesta, fruto de un régimen  
totalitario.  
A todos ellos...*

## **Nota del autor**

*Aunque la historia narrada en esta novela y sus personajes son ficticios, los hechos que se relatan, así como sus fechas, son reales. Hechos recogidos en los libros de historia y en el propio testimonio de las personas que los vivieron.*

*Las opiniones vertidas por los personajes deben ser consideradas dentro del contexto de la propia novela, no pretendiéndose en ningún caso hacer apología de ninguna corriente o ideología política.*

## PRÓLOGO

Ni Carlos de la Fuente y Pérez-Villamil es alemán ni, claro, pudo estar allí cuando se produjeron los hechos: la persona se siente llamada donde la sensibilidad, la inclinación, halla su sitio. Las voces, el carácter, los lugares, ¡los tiempos!, de los que *algo* te dice que son tuyos. Los espacios y modos a los que perteneces, aunque hayas nacido extraño a ellos. El mundo de las ideas. ¡Tan real, sin embargo!

Desde muy niño Carlos de la Fuente, en sus propias palabras, «sin saber ni cómo ni por qué» se sintió atraído por todo lo germano: el sonido, la estética, la fuerza. Romántico empedernido, encontró más tarde en el genio nacional teutón la imagen de sí mismo. Lo fascinó, por fin, el momento en el que, exacerbados, Romanticismo, estética, poder, estallaban en una ópera grandiosa: la Segunda Guerra Mundial. Un espectáculo digno de los dioses. Inhumano. Con un protagonista que se creyó escogido: Adolfo Hitler, Midas capaz de transformar en dolor cuanto tocaba. Y el dolor fue, también, el de su pueblo.

Ciudades borradas por las bombas, el fósforo abrasando la piel, el hambre, el miedo. Consecuencias de un sueño.

Franz, Helmuth, Hildegard...

Carlos escribe su novela para reivindicar a los millones de alemanes que, ajenos y hasta contrarios a las doctrinas hitlerianas, combatieron por sentido del deber, por patriotismo o por imposición.

Cuando Franz abandona su casa en Landsberg am Lech lo hace solo con intención de prosperar. Y cuando se alista en el ejército es porque se siente parte del esfuerzo alemán, del orgullo alemán, de la vergüenza alemana que debe ser lavada.

«Hoy es un gran día —les dice herr[1] Wagner a los tres amigos, Franz, Rudolf, Helmuth—. Como sabéis, Austria ha sido anexionada a Alemania, formando así un gran imperio tras haber anexionado dos años atrás la región del Sarre. Alemania, de manos de nuestro Führer,[2] que Dios guarde muchos años, se está convirtiendo en una gran potencia tanto

industrial como militar que evitará en un futuro no muy lejano que naciones como Francia o Inglaterra vuelvan a reírse de nosotros.» Y Franz, un poco más adelante: «[...] creo que tengo el deber y la obligación de luchar por nuestra patria, aunque eso choque frontalmente con mis principios. Antes que yo está Alemania».

Pero los designios de Hitler iban mucho más allá de un mero conflicto que situara a Alemania en su sitio. Que le devolviera el papel preponderante que le correspondía por derecho. El derecho de la fuerza. «Yo soy la guerra», dice Hitler, que nunca se priva de expresar su desprecio por quienes se avienen a pactar, por quienes tratan de eludir un enfrentamiento armado, y considera que en eso, justo en eso, está el germen de su inevitable fracaso: «Garantizaré pactos, haré promesas, las romperé y, cuando las rompa, vendrán a suplicarme y firmaré otros pactos y haré nuevas promesas, que volveré a romper».

Uno tras otro, todos se rendirán a Hitler. Por miedo, por prudencia, por debilidad, taras de las que él, Hitler, y sus compatriotas alemanes carecen. «La guerra es el estado natural del hombre», afirma. ¿Y una vez aniquilada la voluntad de las naciones? Será el momento de crear el Nuevo Hombre. De alumbrar la Nueva Sociedad. En sus conversaciones con el que fuera presidente del Senado de la Ciudad-Estado Libre de Danzig, Hermann Rauschning, entonces nacionalsocialista, Hitler expone (agosto de 1932) su modelo del mundo futuro, un mundo, naturalmente, regido por Alemania: «¿Qué aspecto tendrá el futuro orden social, camaradas? Os lo voy a decir. Habrá una clase de señores, procedente de los elementos más diversos, reclutada en el combate, que de ese modo encontrará su justificación histórica. Estará la muchedumbre de los distintos miembros del partido, ordenada jerárquicamente. Estos serán los que conformen las nuevas clases medias. Habrá también una gran masa de personas anónimas, la colectividad de los sirvientes, de los menores de edad *ad aeternum*. Poco importa que en la precedente sociedad burguesa hayan sido propietarios agrícolas, trabajadores u obreros. La posición económica y el papel social de antaño no tendrán el menor significado. Estas distinciones ridículas se fundirán en un solo y único proceso revolucionario. Más abajo todavía encontraremos la clase de los extranjeros conquistados, de los que, fríamente, llamaremos los modernos esclavos. Y por encima de todo estará la nueva gran nobleza,

compuesta por las personalidades dirigentes de más mérito y las más dignas de ejercer una responsabilidad. De esta forma, en la lucha por el poder y por el dominio en el interior y en el exterior de la nación, se creará un orden nuevo». Un orden nuevo forjado en el combate. Una meritocracia dura, inmisericorde. Así lo recoge Rauschning en su libro *Hitler me dijo*, publicado en 1939, en el exilio. De que estos encuentros en Berchtesgaden tuvieron efectivamente lugar hay sobrada prueba documental. Como curiosidad, incluso una fotografía tomada por Rudolf Hess en la que, contra un fondo de tupidos bosques, tras la casa del anfitrión aparecen Hitler, Hermann Rauschning, el Gauleiter Forster y su otro acompañante desde Danzig: Linsmayer, Führer de las SA.

De que las palabras de Hitler hayan sido fielmente recogidas por Rauschning parece haber poca duda, pese a los intentos de desmentido desde círculos nazis o filonazis. Hasta ellos conceden veracidad al libro que refleja en gran parte el pensamiento y el modo de expresarse de Hitler, y su objeción apunta más a aspectos concretos en los que creen ver contradicciones y líneas de pensamiento confuso, que juzgan imposibles en el superhombre llamado a regir los destinos del orbe: estamos hablando de fechas tan tempranas como 1940. Poco claro, seguramente, no era Hitler, que se ufanaba de su don para «simplificarlo todo» y afirmaba: «lo imposible es lo que siempre triunfa». Él estaba decidido a triunfar. Y, tras Hitler, una vez en el poder, millones de alemanes humillados por el Tratado de Versalles, impacientes por tomarse la revancha sobre quienes los habían derrotado en la guerra anterior y les habían luego impuesto las más duras condiciones. Entre ellos, hasta que sus diferencias profundas con el nazismo lo alejaron del partido, Hermann Rauschning. Y entre ellos, con diferente nivel de compromiso, Franz, Rudolf, herr Wagner. Recuperar la dignidad perdida, la grandeza de Alemania. Y hacerles sentir esta grandeza a las demás potencias. Para ello no había otro camino que la guerra. Y la guerra, que iba a llevar a Alemania al desastre, fue mayoritariamente querida por los alemanes. Deseaban recuperar Alemania a las órdenes del hombre que iba a destruirla para crear una Alemania nueva. Otro universo en el que esa Alemania no tendría sentido.

Franz, Helmuth, Hildegard... Arrojadlos a la corriente de la Historia que los arrastra hacia su destino.

Le duele al autor de esas criaturas, nacidas de su pluma y del pueblo con el que se identifica, lo cruel que este destino fue para los alemanes.

Carlos de la Fuente aporta datos ya conocidos:

- Se calcula que unos dos millones de mujeres alemanas entre los doce y los ochenta años fueron violadas por el ejército ruso cuando sus tropas entraron en Alemania.
- A los prisioneros alemanes recluidos en los campos de prisioneros norteamericanos a lo largo de la cuenca del Rin, y a instancia de Eisenhower, se les retiró la denominación de *prisioneros de guerra* para no tener que acogerse a la Convención de Ginebra y saltarse las normas de custodia y trato que esta Convención les obligaba a cumplir. Se les llamó *fuerzas enemigas desarmadas* (DEF). Por ese motivo murieron de hambre, sed y enfermedades contagiosas miles de alemanes.
- No se permitió la entrada de la Cruz Roja a los campos para atender a los alemanes hasta 1946, casi un año después de la finalización del conflicto. Las raciones de comida entregadas por la Cruz Roja para los alemanes en muchas ocasiones no se entregaban y, en otras, se entregaba solo la mitad. Hay que recordar que hubo decenas de estos campos por toda Alemania y que no solo había soldados alemanes, sino mujeres y niños.
- Peor suerte corrieron los alemanes capturados por los soviéticos, ya que fueron conducidos a campos de prisioneros en Siberia, donde se calcula, según determinadas fuentes, que entre 750 000 y 900 000 soldados germanos murieron de frío, hambre o enfermedades. Los rusos no liberaron a los alemanes supervivientes hasta el año 1955 (diez años después de terminar la guerra).

Horrible, el sufrimiento genera sufrimiento. En las mujeres violadas («las mujeres soldado rusas jaleaban a sus camaradas», refieren víctimas de las violaciones) los bárbaros pretendían vengar la barbarie anterior que no respetó, tampoco, nada. Del horror, el horror. Tuvo que ser para los aliados un espectáculo insoportable el que encontraron en los campos de exterminio. Esa furia puede comprenderse. ¿Y prolongarla tanto tiempo? Con certeza, al odio, que tal vez no acabara de mitigarse nunca, sucedió la ignominia del hábito, la norma establecida. La desidia. Sin

embargo, señala Carlos de la Fuente, ese odio, esa pulsión justiciera, esa necesidad de vengar a los presos convertidos en esqueleto y piel, a los incinerados, a los millones de judíos cuya raza se había resuelto exterminar, no impidió a los norteamericanos rescatar a científicos nazis, igual de entre los más culpables, halagarlos, mimarlos y emplearlos en su beneficio. El animal humano.

*El corazón de los lobos*, una novela en la que el autor se ha dado entero. Sincera. Tierna. Honesta. Pasajes que quedan en la memoria: la cena en el hotel Fürstenhof, con la costura de las medias pintada en las piernas (nada sorprendente entonces y a lo largo de años). El tren de los judíos. El refugio del granjero Josef y su madre. La noche pasada en un tanque ruso. Personajes: Robert, el mecánico de la mano destrozada, la vecina prostituta, el cura, el alegre Klaus, frau<sup>[3]</sup> Klessinger y sus enfermeras —el llanto por el Führer—, Franz, Helmuth, Rudolf, los Wagner, la abuela Jutta, Hildegard. Es hora de encontrarse con ellos.

Federico Volpini

Madrid, 10 de agosto de 2012



# PRIMERA PARTE

# CAPÍTULO I

## BERLIN

Abril de 1937

Landsberg am Lech es un bonito pueblo al sur de Alemania, con una preciosa plaza adoquinada donde se encuentra una torre de planta cuadrada con un enorme reloj, rodeada de numerosas casas burguesas de distintos colores, un lugar donde aún se respiran ciertos aires del Medioevo, que también posee cantidad de ejemplos de arquitectura barroca. Esta ciudad sería famosa por su fortaleza, donde Adolf Hitler estuvo preso en 1924 y escribió su *Mein Kampf*. Es un sitio tranquilo, con gran tradición textil y comercial, donde todo el mundo se conoce. Un lugar perfecto para vivir.

Es el sitio donde nací y donde vivía con mi abuela Jutta en una vieja casa con algo de jardín y verjas pintadas en un triste azul claro, junto a la calle principal del pueblo. Ella cuidó de mí desde que fallecieron mis padres en 1917 a consecuencia del fuego de una ametralladora francesa. De mi padre apenas recuerdo algo y de mi madre, aunque yo era muy pequeño, no olvidaré nunca ese rostro redondeado, dulce, y ese halo de ternura que la rodeaba y que la guerra me arrebató para siempre, con tan solo tres años de edad.

Hacia un bonito día de primavera, ideal para que comiésemos en el jardín aprovechando esos tan ansiados rayos de sol tras un largo y crudo invierno. Por la tarde, si mi abuela no necesitaba que le ayudase en algo, me acercaría a ver a Rudolf, mi querido amigo de la infancia. Le conocía desde que tenía uso de razón, su madre y la mía eran compañeras en el taller de costura de frau Weissmann, donde trabajaban hace muchos años haciendo pantalones y camisas de caballero. El padre de Rudolf tenía una taberna en Landsberg, única fuente de ingresos de la familia.

Le apreciaba mucho, siempre habíamos sido como uña y carne y guardo muy buenos recuerdos de nuestra infancia mientras jugábamos en la orilla del río o nos

deslizábamos en invierno con los trineos por las empinadas calles del pueblo. Una vez hasta casi terminamos debajo de un carro de estiércol; años después de aquello todavía nos echábamos a reír cuando lo recordábamos.

Era un chico un poco obeso y algo más bajo que yo, de pelo rojizo y ondulado, que se peinaba continuamente con la mano, con muchas pecas en la cara, de ojos negros, sin profesión conocida, aunque solía ayudar a su padre en la taberna. A mi juicio solo tenía un defecto: era demasiado ambicioso, capaz incluso en un momento dado de perder sus principios con tal de conseguir lo que quería. Eso sí, siempre aplicando la ley del mínimo esfuerzo. Lo que podía llegar a ser un serio problema.

Eran las cinco de la tarde y me dirigía a la taberna de Rudolf. Algunas nubes comenzaban a aparecer en el cielo. Empezaba a levantarse algo de viento, cogí aire y aprecié ese inconfundible olor a tierra mojada que le hace sentirse a uno tan lleno de vida. Iba paseando junto al río, disfrutando de las vistas, y a lo lejos pude ver encima de un tronco que sobresalía del agua a dos cornejas pelearse por lo que parecía ser una rana, bajo la atenta mirada de una estafada garza que miraba con impotencia mientras pretendían comerse el fruto de su esfuerzo. Pensé en lo bien que me sentía y en lo bello que me resultaba aquel lugar para vivir. Un lugar donde la tranquilidad y la armonía entre sus vecinos eran las notas predominantes.

Entré en el húmedo y lúgubre local. Hacía más frío allí dentro que en la calle. Siempre había conocido ese lugar igual, apenas había cambiado desde hacía años. Las viejas y destartaladas mesas de madera, las esquinas de los techos con las mismas telarañas, y ese ligero olor a rancio, a viejo. Saludé a mis ancianos vecinos, herr Braun y herr Spitz, que se encontraban como siempre, tomando unas cervezas en una de las sucias mesas que se hallaban a la izquierda de la entrada, junto a la ventana. Allí estaba Rudolf apoyado en la barra con una jarra de cerveza a medio terminar. Cuando me vio entrar me hizo un guiño y sonrió.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—¿Tú qué crees? Trabajando, aunque no lo parezca. ¿Quieres una cerveza?

—Sí, gracias.

—No hace falta que me des continuamente las gracias por todo.

—Lo siento, es la costumbre.

—Otra vez, ¿no ves? Lo has vuelto a hacer —replicó Rudolf molesto.

—¿A qué te refieres?

—A pedir disculpas también por todo. Se ve que la férrea educación de tu abuela ha surtido efecto. Ya sé que eres un chico educado y refinado, todo lo

contrario a mí, pero somos amigos desde hace años y no son necesarios tantos formalismos.

—Puede que tengas razón, pero no consigo evitarlo, lo tengo interiorizado. Y además, si dejo de comportarme así, temo perder las buenas costumbres y convertirme en un ser repulsivo y despreciable como tú. —Ambos nos echamos a reír, yo golpeé a Rudolf en el hombro amistosamente—. ¿Sabes?, he estado pensando acerca del futuro.

—¿Qué futuro?

—El que nos espera aquí en Landsberg. Tengo veintitrés años y tú uno más que yo, deberíamos plantearnos seriamente qué hacer en la vida. ¿No crees?

—Sí, pero dónde y el qué. Tú todavía tienes algunos estudios, pero yo estoy todo el día aquí metido, mi padre se empeña en que herede esta asquerosa taberna y sirva cervezas toda mi vida como ha hecho él.

—Eso es una tontería, seguro que si le explicas a tu padre que quieres progresar, que quieres conocer mundo y probar suerte en otro sitio, lo entenderá. Martin, el buhonero, me comentó la semana pasada que desde los juegos olímpicos en Berlín existen un montón de proyectos y obras: autopistas, edificios oficiales y demás. Tú has trabajado algo en la construcción y yo soy delineante, seguro que, en una ciudad tan grande como Berlín y con el empuje que está teniendo todo el país en estos últimos tiempos, conseguimos algo de trabajo. Esto ya no es lo que hace unos años, desde que está el NSDAP[4] en el poder todo ha cambiado. Se respiran nuevos aires, se nota en el ambiente, en la gente, hay ilusión...

—La idea no me parece descabellada del todo, pero ¿qué pasa si no encontramos nada? —preguntó Rudolf.

—Esa posibilidad existe, no te lo voy a negar. Pero al menos lo habremos intentado. Nos volvemos y por lo menos habremos vivido nuestra pequeña aventura. En la vida a veces tienes que tomar decisiones aunque solo sea por el hecho de no arrepentirte en el futuro de no haberlas tomado.

—No sé, lo tendría que pensar más detenidamente y ver cómo se lo digo a mis padres.

—Piénsalo. Si te decides, podríamos pedir prestado algo de dinero y hasta que encontrásemos trabajo tendríamos para ir tirando. Y si no encontrásemos nada, siempre nos quedaría alistarnos en la Wehrmacht.[5]

Rudolf sonrió y los ojos se le iluminaron.

—Eso no me parece mala idea. ¿Has visto los nuevos uniformes? Son impresionantes. Además sería una buena forma de ganarnos la vida y hacer algo por nuestro castigado país. A mí ya sabes que el ejército siempre me ha llamado la atención. El hijo mayor de frau Ernst, Albert, está con una motocicleta de aquí para allá, por lo visto es una especie de mensajero o enlace. ¿Te imaginas? Tú con una motocicleta por ahí, sería genial.

Pasamos más de una hora hablando del tema y dejando volar nuestra imaginación con convertirnos en grandes caballeros con una dilatada carrera militar, dignos de respeto y admiración ante el resto de mortales del pueblo. La idea de formar parte del ejército no nos disgustaba a ninguno de los dos, aunque preferíamos primero intentar encontrar otro trabajo. Considerábamos que era mejor ver algo de mundo y saber algo más de la vida, aparte de lo que habíamos visto en Landsberg, antes de formar parte de tan alto y digno colectivo.

—¡Bueno!, parece que se ha estropeado el día, y además está anocheciendo, me voy para casa —le dije—. Piensa en lo que hemos hablado, yo estoy decidido, solo depende de ti.

Rudolf sonrió levemente y levantó la mano para despedirse de mí, a la vez que yo apuraba mi jarra.

\*\*\*

Al día siguiente, como todos los domingos, acompañé a mi abuela Jutta a misa, donde nos encontramos, entre otras personas, a frau Ernst, con la que mi querida Jutta mantenía una estrecha amistad desde hacía años. A la salida de la iglesia, ambas se quedaron hablando y yo me volví a casa solo, sabía de otras veces que la conversación podría dilatarse durante alguna que otra hora. Ya a la hora de comer tenía la intención de contarle mis planes a mi abuela, antes incluso de conocer la respuesta de Rudolf. Temía que al estar tan unida a mí se fuese a llevar un disgusto, aunque por otro lado si me quería, como creía que lo hacía, debería entender que tarde o temprano ese momento tenía que llegar, por lo que me armé de valor y le dije:

—Abuela, he estado pensando que ya tengo una edad en la que debo encauzar mi vida, ya sabes..., buscarme un buen trabajo, ver algo de mundo, conocer a alguna chica... No sé, todo ese tipo de cosas. Y aquí en el pueblo la verdad es que no hay muchas oportunidades para un chico joven, o por lo menos las que hay no son de mi interés.

Mi abuela siempre había sido una mujer muy fuerte anímicamente, siempre pendiente de su imagen frente a los demás, dura, muy dura, de hecho no recuerdo haberla visto nunca llorar, ni siquiera al recordar la muerte de mi madre, su hija. Pero cuando le dije estas palabras y levanté la vista para ver su reacción, pude observar como dejó de comer. Sus ojos habían cambiado, noté la tristeza en ellos. Entendí entonces que ella sabía perfectamente a lo que me refería.

Tragando saliva y cogiendo aliento me dijo:

—Franz, hijo, sabía que esto llegaría, rezaba todas las noches para intentar alargar en lo posible este momento. Me aterroriza la idea de perderte.

—Abuela, no me vas a perder. Además, solo tengo la intención de probar suerte, no quiere decir que no vaya a volver. E incluso si las cosas me fuesen bien, te podrías venir a vivir conmigo.

—No, Franz, hijo, yo ya no estoy para traslados, llevo toda mi vida en esta casa y en este pueblo. Además, tú tienes todo un futuro por delante y yo solo sería un estorbo para ti, un tronco en el camino. Debes volar al igual que vuelan los nuevos pájaros al final del verano.

—No quiero que te preocupes, no me pasará nada. Soy consciente de lo mucho que has sufrido con la guerra, con la muerte de mis padres y demás, pero no tiene por qué seguir siendo así siempre, soplan nuevos aires en Alemania y todos debemos poner nuestro granito de arena para hacer de este país algo de lo que la gente se sienta orgullosa, para que se sientan orgullosos de ser alemanes.

—Es cierto que lo hemos pasado mal, la vida no se ha portado especialmente bien con nuestra familia. Alguien dijo una vez que las guerras las declaran los políticos y las sufren los pueblos, siempre sufrimos los mismos. Aunque egoístamente me gustaría que te quedases conmigo, la verdad es que no puedo ni debo impedírtelo. ¿Ya has pensado dónde ir? ¿Te vas solo?

—He hablado con Rudolf y queremos ir a Berlin.

—¿Rudolf? Ese chico..., hay algo en él que no me gusta, pero nunca he sabido qué es. Esa manera en que mira.

—Es buen chico. Algo rudo y áspero, pero en el fondo es buena persona.

—Supongo que prefiero que te vayas con él antes que te marches solo, al fin y al cabo compañía por lo menos te hará. Y Berlin... Berlin es una ciudad muy grande, yo estuve hace muchos años una vez con tu abuelo. Debéis tener cuidado, seréis dos chicos de pueblo en una ciudad gigantesca. Me preocupa, no debéis fiaros de nadie... —Guardó silencio durante algunos segundos—. ¿Te he dicho alguna vez que eres el vivo retrato de tu abuelo? Alto, moreno y con esos enormes

ojos azules... Aunque las manos huesudas, con esos largos dedos, no son de nuestra familia, se parecen más a las de tu padre. ¡Qué buen hombre era tu padre! A mí me quería mucho... y adoraba a tu madre.

Mientras hablaba, se quedó con la vista fija en la ventana, como ausente, tal vez recordando su pasado, a mi abuelo o cómo iba a ser su vida a partir de ahora que se quedaba completamente sola. Al verla así, le pregunté:

—¿Qué te preocupa? ¿Hay algo más, verdad?

—Sí. Sabes que el hijo de frau Ernst, Albert, está en el ejército. Ella me ha dicho que hay rumores dentro de la propia Wehrmacht de una posible guerra.

—¿Guerra? —me eché a reír—. Eso es ridículo. Por todos es conocido que el Führer pretende recuperar las zonas de los Sudetes,<sup>[6]</sup> Pomerania y Silesia. Lo cual no me parece a mí, ni a mucha gente de este pueblo, una mala idea, ya que esos territorios nos fueron arrebatados por nuestros «queridísimos» vecinos polacos y checos. Eso es una cosa e ir a la guerra es otra muy distinta. ¿Realmente crees que los polacos o los checos se enfrentarían a nosotros? Son unos muertos de hambre y tienen algo que es nuestro. Nuestro Führer quiere lo mejor para Alemania y además él ya ha pasado una guerra, sabe lo que es eso y confío en que tendrá la suficiente inteligencia como para recuperar esos territorios sin la necesidad de un enfrentamiento bélico.

—¿De veras le crees tan inteligente? —sonrió irónicamente, como si conociese el futuro que nos esperaba.

—Por supuesto. Y además no conviene que hables así de él, alguien podría malinterpretar tus palabras y buscarte algún problema.

—¿A mi edad? Ya me da igual.

Al día siguiente, por la tarde fui a la taberna con la intención de ver a Rudolf. Cuál sería mi sorpresa cuando, nada más entrar, su padre se acercó malhumorado hacia mí y me dijo:

—¿A qué vienes aquí, Franz? ¿A llenarle a mi hijo la cabeza con tus estúpidas ideas de aventura? ¿Dónde se va a ganar mejor la vida que aquí, en su propio negocio? Los jóvenes sois increíbles, siempre creyendo que vais a descubrir algo que no hemos visto los demás, siempre pensando que sois más listos que nadie. No sabéis lo que os espera ahí fuera. Sois como dos hojas a merced del viento.

—Herr Koenig, solo fue una idea y supuse que a Rudolf le podría interesar.

Podría haberle dicho lo que pensaba, como por ejemplo que esa vieja y apastosa taberna no era el futuro de nadie, excepto de su egoísmo, o que consideraba a su hijo capaz de algo más aparte de servir cervezas, pero por

educación me callé. Se metió corriendo en la cocina pegando un portazo mientras Rudolf me miraba a los ojos con una levísima sonrisa. En ese momento entendí que se había decidido. Una extraña sensación me recorrió el cuerpo, entre la alegría de comenzar una nueva vida y la nostalgia que me iba a suponer abandonar Landsberg y a mi abuela. Le dije a Rudolf:

—Por la reacción de tu padre entiendo que ya te has decidido.

—Sí. Cuenta conmigo. Anoche discutí con él. Estoy cansado de esta estúpida familia, siempre con sus normas... «No debes hacer esto» o «Debes hacer lo otro», «¿Dónde vas?», «¿Vas a venir muy tarde?». Anoche fue la gota que colmó el vaso y me di cuenta de que irnos de aquí es la única salida a toda esta porquería. Ahora es mejor que te vayas, mi padre te considera responsable directo de mi decisión y es conveniente que no coincidas con él durante unos días, hasta que se le pase un poco el enfado. Luego seguro que lo entenderá.

—De acuerdo, sin problema. Vete preparando el terreno para que te dejen algo de dinero y hablamos a finales de semana.

—Bien, amigo. Hasta entonces.

Al volver a casa noté a mi abuela extraña. No era la misma, estaba triste y eso verdaderamente era lo único que me preocupaba de toda esa aventura.

Tras cenar los dos, le dije que Rudolf se había decidido y que sería mi compañero de viaje, a lo que asintió con la cabeza sin decir nada. Le di las buenas noches y me fui a acostar.

Pasaron seis días sin ver a Rudolf, preferí dejar pasar algo de tiempo antes de volver a ver la cara a su padre. Tras este paréntesis me acerqué a la taberna. En un par de días ultimamos los detalles de nuestra partida y decidimos salir de viaje el viernes, así tendríamos el domingo para acoplarnos, buscar alojamiento y ambientarnos un poco antes de empezar a buscar trabajo el lunes o el martes.

Era jueves por la noche, a la mañana siguiente partiríamos. Herr Koenig, el padre de Rudolf, el cual parecía haberse resignado a nuestra andadura, accedió a acercarnos a la estación de ferrocarril en su Opel P4, un bonito automóvil color verde botella que había comprado hacía un año, tras ahorrar durante un lustro. Pasarían a recogerme a las seis de la mañana.

Una vez en la cama, no conseguía conciliar el sueño pensando en el viaje, en Berlín o en qué nos depararía el futuro. Sin duda alguna esto representaba un cruce de caminos en mi vida y yo ya había elegido qué sendero recorrer. Equivocado o no, es algo que debía intentar.



Al final y por cansancio, me terminé durmiendo, pero hacia las dos de la madrugada me desperté. Oía una especie de sollozos, de leves lamentos que procedían de la habitación de mi abuela. ¡Dios mío! Estaba llorando... Pobre mujer... Pensé que debía ir a consolarla, después de todo yo era el responsable o causante de que llorase, pero tras sopesar la idea decidí que debía dejar las cosas tal y como estaban, ya que dado su carácter de mujer férrea y dura mi presencia para consolarla en su habitación podría ser más un golpe a su orgullo que un consuelo.

Por la ventana de mi habitación entraba una azulada luz procedente de una enorme luna llena. Pensé: «¿Cuándo volveré a ver esa enorme luna desde mi cama?». Quizás en un par de meses pudiese estar de vuelta, o si me salían las cosas como yo esperaba, no volvería a verla nunca más a través de esa vieja ventana. Llevaba más de veinte años durmiendo en esa habitación y nunca antes me había fijado en esa enorme luna y en su mágica y extraña luz azulada.

Eran las seis de la mañana. Estaba en la cocina con mi abuela desayunando algo cuando oí el claxon del Opel. Me abracé a mi querida Jutta, ella tembló y sin decir nada nos despedimos. Ella, aunque con los ojos húmedos, no rompió a llorar, pero yo sabía que no era tan dura como ella creía, ignoraba que esa noche la oí. Tenía una fuerte presión entre la nariz y la frente, creí que al final el que iba a llorar era yo, pero cogí aire, le di un beso y salí de casa sin más dilación.

Llegaríamos a München en algo más de una hora, donde cogeríamos un tren hasta Nürnberg y una vez allí directos a Berlín. Un viaje verdaderamente largo y agotador, de casi dos días, maldurmiendo y comiendo en las estaciones de ferrocarril, como si fuésemos vagabundos.

A nuestra llegada a Berlín, sobre las diez de la mañana, lo que más me impresionó fue la gran cantidad de automóviles y el enorme bullicio. Todo estaba formado por grandes calles con edificios de varias alturas, escaparates y rótulos luminosos. Era verdaderamente impresionante, todo era gigantesco. Entre el humo de los automóviles, las chimeneas y algunos puestos ambulantes de comida, el aire olía a todo menos a aire; fue entonces cuando me vino a la memoria el olor a tierra mojada del aire de Landsberg. La gente andaba de un lado para otro como si tuviese prisa.

Estábamos desorientados, con nuestras ropas obsoletas, las maletas y nuestros ojos mirando hacia todos lados. Se veía a la legua que no éramos más que dos chicos de pueblo en busca de oportunidades.

Pasamos toda la mañana sin parar de andar, deambulando por largas avenidas y angostas callejuelas, pero sin saber tampoco dónde ir, intentando buscar alguna referencia entre tanta cantidad de información, un sitio donde poder dejar las maletas y librarnos de los tormentosos zapatos, zapatos que por otra parte llevaba más de tres años sin ponerme, desde que fui al funeral de mi abuelo. Qué malos recuerdos me traían cada vez que los miraba, pero eran los únicos que tenía.

Mientras íbamos por una calle de la que no recuerdo el nombre, pero que nos permitía ver a lo lejos el Reichstag,[7] a Rudolf se le ocurrió la idea de beber algo y hacer un descanso en una taberna, lo que a mí me pareció una excelente idea.

Al entrar nos pedimos dos cervezas. El local se encontraba lleno de gente, era bastante amplio y tenía unas columnas de hierro forjado repartidas por todo el salón donde los clientes colgaban los abrigos. Se encontraba pintado en un beis oscuro muy bonito que le daba cierto aire bohemio. Rápidamente pensé en las diferencias existentes entre ese negocio y el del padre de Rudolf, a mí tampoco me importaría que me dejasen en herencia un local de esa categoría y que además parecía funcionar tan bien, pero no le comenté nada a mi compañero de aventuras por no ofenderle. Según terminé de hacer esta reflexión, Rudolf me dijo:

—Esto es una taberna y no la porquería que pretende dejarme mi padre.

—Tampoco seas tan duro con él, Rudolf. Tu padre, el hombre, no ha visto otra cosa y de hecho te da todo lo que tiene, poco o mucho, sucio o limpio, fructífero o no, es todo lo que posee.

—A ver si ahora vas a darle la razón a él... Es un estúpido y punto.

—No es darle la razón. Es que él no ha visto otra cosa y cree que lo suyo es lo mejor.

—Pues que hubiese tenido el valor de volar como estoy haciendo yo ahora.

—Rudolf, las circunstancias y las épocas que a cada persona le toca vivir a veces no le permiten mucho margen de maniobra. Las cosas en la mayoría de las ocasiones no son tan fáciles como parecen.

En una de las paredes del local, junto a la barra, había una especie de tablón, donde la gente colgaba con unas pequeñas tachuelas rojas diferentes anuncios. Unos anunciaban la reparación de calzado, otros se ofrecían para peinar a señoras a domicilio y otros simplemente pretendían vender una bicicleta o ropa usada.

De entre todos aquellos trozos de papel, muchos de ellos unos encima de otros por la falta de espacio en el tablón, pude ver uno manuscrito con una caligrafía

perfecta que decía: «Se alquila habitación. Económica, muy luminosa. Preguntar al camarero». Rápidamente se lo dije a mi amigo y, como indicaba en el anuncio, nos dirigimos al camarero:

—Disculpa, estaríamos interesados en alquilar una habitación —le dije a la vez que le señalaba con mi dedo índice el tablón. Él nos miró de arriba abajo. Claro estaba que este muchacho hacía de filtro para no alquilársela a cualquier persona.

—¿De dónde sois? ¿A qué os dedicáis?

—Venimos de Baviera y de momento estamos buscando trabajo.

—Supongo que tendréis dinero para tirar durante algún tiempo.

—Sí, sí, por supuesto.

—Bien. Según salgáis del local, a mano derecha sale una calle pequeña. La cogéis, y tras andar unos ciento cincuenta metros veréis una ferretería; junto a ella hay una casa con una puerta azul, allí preguntáis por herr Wagner y le decís que habéis visto el anuncio en la taberna y que os manda Nikolas.

—De acuerdo, muchas gracias.

Nos terminamos las cervezas y nos dirigimos rápidamente a la vivienda, la cual encontramos sin problemas, tal y como nos había indicado el camarero. Era una casa grande y al parecer antigua, de tres plantas, con una fachada blanca perfectamente restaurada y de cuyas ventanas de color azul colgaban unas bonitas flores rosas y blancas que se encontraban en unas jardineras.

Llamamos a la puerta y una señora de unos sesenta años, rubia, muy bien vestida y educada, nos abrió la puerta, muy sonriente, y se quedó seria al vernos, como si estuviese esperando a alguien y viese que no era la persona que esperaba.

—Buenas tardes, señora —le dije—. Quisiéramos ver a herr Wagner. Nos manda Nikolas de la taberna, es por lo del anuncio.

—Sí, esperad un momento, ahora le aviso. Pasad si queréis, no os quedéis en la puerta.

—Sí, gracias.

Ella subió las escaleras y desapareció mientras nosotros nos encontrábamos en el recibidor mirándolo todo. Nunca habíamos visto tanto lujo, el suelo de la casa estaba todo enmoquetado y las paredes tenían un papel que parecía estar hecho como de paja, muy bonito y en un sobrio color verde hoja. La escalera era de madera blanca muy antigua, y toda la casa, o al parecer hasta donde alcanzaba nuestra vista, se encontraba llena de cuadros, algunos de ellos muy buenos, por cierto, otros sin embargo eran retratos de antiguos soldados, soldados que parecía como si nos observasen.

Oímos como alguien bajaba por las escaleras. Se trataba de la señora que nos abrió la puerta, que desde el descansillo nos hizo un gesto con la mano para que la acompañásemos y nos condujo hasta un despacho con una enorme librería y sillones de cuero marrón. En uno de ellos y tras una mesa se encontraba un señor de unos setenta años muy serio, grueso, con un gran y blanco bigote, el cual nos indicó con un gesto que nos sentásemos, y la señora se retiró.

—Buenas tardes. Ya me ha comentado mi esposa que venís por lo de la habitación. ¿Cómo os llamáis?

—Yo soy Franz Schneider y mi amigo se llama Rudolf Koenig.

—Tenéis cara de buenos muchachos. En el precio de la habitación iría incluida la cena. Las normas de esta casa son: nada de juergas, nada de chicas y nada de borracheras. Os advierto que seré inflexible con esto. ¿Estáis de acuerdo?

—Sí, herr Wagner, estamos de acuerdo. Pero, por favor, ¿nos podría antes de nada decir cuál es el precio? Porque a lo mejor nos resulta algo elevado para nuestra economía. Tiene usted una casa muy bonita y lujosa. Andamos un poco justos de dinero, ya me entiende...

—Ya veo, por las maletas, que no sois de por aquí. ¿De dónde sois?

—De Baviera, concretamente de Landsberg am Lech, y queríamos buscar trabajo aquí, en Berlin. Nos comentaron que se están realizando gran número de infraestructuras. En nuestro pueblo la verdad es que no hay muchas oportunidades.

—Bien, bien, pero no creáis que va a ser fácil, hace años que la gente lo está pasando mal. Ahora que empieza a haber trabajo y futuro, hay muchas personas con las mismas aspiraciones que vosotros. Me caéis bien, parecéis honrados. Vamos a hacer una cosa: el precio lo vais a poner vosotros. Esta es mi casa y yo no me dedico a esto, esto no es un hotel, solo pretendo que haya algo de juventud y de vida en este hogar. Nuestro único hijo era militar, al igual que yo, pero falleció en la guerra y mi mujer y yo ya somos mayores, nos encontramos solos. Más que nada lo hago por ella, se atormenta continuamente, día tras día, con la idea de que en algún momento nuestro hijo llamará a la puerta y la abrazará. Pero en el fondo tanto ella como yo sabemos que eso no va a ocurrir. Seguramente con vosotros aquí, y con el hijo de un buen amigo que llegará en un par de semanas, se distraerá un poco. Lo dicho, vosotros pagadme en función de lo que consideréis justo a los servicios que recibís. ¿Os parece bien?

—Sí, sí, por supuesto. No se preocupe, no le defraudaremos.

—Sé que no. Acompañadme, os enseñaré vuestra habitación.

Tras subir una planta más nos condujo por un largo pasillo donde había un baño a la derecha y dos habitaciones a la izquierda. Nos metimos en la que se encontraba más al fondo. Se trataba de una habitación bastante grande y luminosa con una pequeña chimenea, sobre la que estaba el retrato de un chico muy joven vestido de militar y, justo debajo, un gran jarrón de porcelana con flores frescas. Había dos camas y una mesita con dos sillas bastante antiguas. Toda la casa estaba bastante desfasada y vieja en relación con lo que se suponía que era el Berlín de esos años, pero sin duda alguna era muy lujosa y aún guardaba ese aire de majestuosidad. Herr Wagner señaló el retrato y dijo:

—Ese era mi hijo. Fue abatido por los británicos en la batalla del Somme, en julio de 1916. ¡Dios mío, ya han pasado más de veinte años! ¡Jamás se lo perdonaré, malditos malnacidos, me arrebataron lo que más quería en este mundo! Bien sabe Dios que si algún día tengo la posibilidad, por remota que sea, de hacérselo pagar, lo haré —mientras pronunció esas palabras no separó su mirada de aquel retrato—. ¿Os gusta? Es muy grande, aquí tendréis espacio de sobra y además tiene mucha luz.

—Sí, herr Wagner, es perfecta para nosotros —respondí.

—Poneos cómodos, aseaos y deshaced las maletas. Son casi las cuatro. La hora de cenar es a las siete. Nos veremos en el salón. Está, según bajáis la escalera, a mano derecha. Sois bienvenidos, chicos.

—Muchas gracias —correspondí.

Al salir de la estancia cerró la puerta. En ese momento Rudolf se dejó caer en una de las camas, agotado sin duda por no haber dormido mucho en el tren, y exclamó:

—¡La casa no está mal! ¿Pero no crees que estos dos viejos están un poco locos?, ¿no te parecen un poco raros?

—¡Puede! Pero no parecen mala gente y de momento es la única habitación que hemos encontrado. Además, sinceramente, lo de pagarle lo que queramos me parece una ventaja.

—Pues yo no lo veo tanta ventaja. ¿Qué es para él un precio justo? ¿Y para nosotros? ¿Coincidirá nuestra idea de precio justo con la suya?

Mientras Rudolf se empezaba a quedar dormido, yo me quedé mirando por la ventana la azotea del edificio de enfrente. Era una gran terraza llena de macetas con plantas y flores, con una mesa de madera medio deshecha por las inclemencias del tiempo y encima de ella un gato de angora gris que tenía un collar con un cascabel. Estaba tumbado lamiéndose las patas al margen del

bullicio de la calle. En ese momento salió a la terraza una mujer de unos cuarenta años muy atractiva. Llevaba el pelo recogido con una especie de pinza, con una bata roja y fumando un cigarro. Tenía un andar despreocupado, quizás algo vulgar. Cogió al gato entre sus brazos, apoyó su cabeza en él a modo de almohada y antes de volver a entrar en la casa giró la cabeza, como si supiese que la estaba mirando. Me sonrió, me guiñó un ojo y se metió. En ese instante yo me aparté de la ventana rápidamente. ¡Qué vergüenza! Pensaría que la estaba observando. Por otra parte, razón no le faltaba, es precisamente lo que estaba haciendo.

Rudolf se había quedado totalmente dormido. Yo también me tumbé, estaba roto, necesitaba descansar. Al cabo de un rato me levanté alarmado. ¿Qué hora sería?, la cena era a las siete. Miré el reloj y eran las seis, menos mal que me había despertado a tiempo. Pero..., un momento..., algunas flores del jarrón estaban algo marchitas. ¿Cómo podía ser que en apenas dos horas, desde que estuvo en la habitación herr Wagner, las flores se hubiesen marchitado? Entonces me di cuenta de que eran las seis, pero de la mañana del día siguiente. Desperté rápidamente a Rudolf. Habíamos dormido más de doce horas. ¿Qué pensaría el casero? ¿Que éramos unos holgazanes, unos vagos? Yo estaba avergonzado, mientras que a Rudolf parecía darle igual. Tampoco podíamos ir a esas horas de la mañana a darle explicaciones al dueño de la casa, por lo que decidimos hacer algo de tiempo colocando los armarios con la ropa que traíamos y aseándonos tranquilamente.

Una hora más tarde llamaron a la puerta. Era frau Wagner para decirnos que el desayuno estaba preparado y que nos esperaban. Bajamos. Yo me encontraba tremendamente incómodo ante tal situación. Entramos en el majestuoso salón, una estancia amplia con una enorme mesa de madera oscura en el centro con seis sillas a juego. Había también una enorme vitrina con diversas bandejas y fuentes de plata y algunas piezas de vajilla. En un rincón de la habitación había un gran sofá de varias plazas, en el mismo verde hoja que el papel de las paredes, el cual se encontraba adornado con unos antiquísimos y horribles cojines de color marrón. En dos de las paredes había cornamentas de ciervo, gamo, corzo y hasta dos cabezas enormes de jabalí disecadas. Al estar en la planta baja la estancia tenía luz, pero ni mucho menos tanta como nuestra habitación del tercer piso. Era un sitio sobrio y suntuoso que inspiraba solemnidad y que no invitaba precisamente a comer, sino a dormir. Los caseros ya estaban sentados a la mesa.

—Herr y frau Wagner, sentimos enormemente no habernos presentado anoche a cenar. Sabemos que no es excusa, pero el viaje fue largo y no dormimos bien

durante todo el trayecto. Por lo que les pedimos disculpas y les prometemos que no volverá a pasar —comenté.

—Tranquilos, chicos —contestó herr Wagner—. Anoche cuando fui a buscaros a la habitación os vi ahí tirados encima de las camas, vestidos hasta con los zapatos, y supuse que estaríais destrozados y que lo que necesitabais más que cenar era dormir. No pasa nada, pero intentad que no se repita.

—Por supuesto, herr Wagner, no volverá a suceder —aseguré.

—Tenéis intención de buscar trabajo enseguida, ¿no es así? —preguntó.

—Sí, efectivamente. Para eso hemos venido aquí a Berlín y cuanto antes lo consigamos, mejor —dijo Rudolf.

—Bien. Terminad de desayunar y subid a mi despacho. Allí os daré un par de direcciones donde es probable que os puedan hacer un hueco.

Terminamos de desayunar y subimos al despacho de herr Wagner que nos estaba esperando. Nos indicó con un movimiento de cabeza que nos sentásemos. Mientras esperábamos Rudolf y yo en completo silencio, herr Wagner escribía unas direcciones en un trozo de papel, en la misma perfecta caligrafía que el anuncio de la taberna.

En ese tenso silencio solo escuchaba el roce de la pluma sobre el papel y la respiración irregular y entrecortada de nuestro casero. A veces parecía como si fuese a dejar de respirar, con interminables periodos sin coger aliento debido seguramente a su edad y, sobre todo, al sobrepeso. Rudolf y yo nos mirábamos de reojo y, disimuladamente, sonreíamos con cierto aire de complicidad.

Además de las direcciones, nos preparó también unas cartas de recomendación, las cuales debíamos entregar a los encargados de las empresas.

Nunca llegué a entender por qué ese hombre confió tanto en nosotros. No nos conocía de nada, pero el hecho era ese y además, por lo menos yo, no tenía la menor intención de traicionarle o decepcionarle. De quien no estaba tan seguro era de Rudolf, me daba miedo esa ambición, el querer correr demasiado para conseguir sus objetivos. Temía que me fuese a dejar mal ante los Wagner.

Esa misma mañana nos dirigimos a las afueras de Berlín, donde había una especie de complejo de garajes o locales grandes donde cada uno de ellos pertenecía a una empresa. Nosotros estábamos buscando un taller de torno y fresa llamado Mahlwerk-Meyer, en el número nueve de Elektriikerstrasse.

Una vez allí preguntamos por Gustav, que debía ser el encargado, y le dijimos que veníamos de parte de herr Wagner, a la vez que le hacíamos entrega de la carta de recomendación de nuestro casero. La leyó, y con cara de preocupación,

quizás por haberse encontrado de repente en un tremendo compromiso, nos comentó:

—Solo dispondría de algo de trabajo para uno de vosotros. Hay trabajo, pero no el suficiente como para los dos. Además, aquí ya somos demasiados. Decidle de mi parte a herr Wagner que lo lamento mucho, pero solo puedo daros trabajo a uno. ¿Qué os parece?

—¿En qué consistiría el trabajo? ¿Qué tendríamos que hacer? —preguntó Rudolf.

—El que se quedase empezaría de aprendiz para ayudar a algún operario a limpiar piñones, desbastar piezas o preparar los pedidos de los clientes. Con el tiempo terminaría aprendiendo a manejar el torno. El sueldo sería de cien RM.[8]

—Nos parece bien —respondió—, pero solo podremos darle una respuesta definitiva cuando los dos encontremos trabajo. Vinimos desde muy lejos juntos y juntos seguiremos.

Quedamos en darle una respuesta en unos días, mientras buscábamos otro puesto de trabajo. Aquella contestación de Rudolf verdaderamente me sorprendió, me había demostrado ser un amigo. A no ser que lo hubiese hecho por el interés de ver cuál sería el salario del segundo trabajo que supuestamente encontraríamos y poder así elegir el más alto, o porque el trabajo en Mahlwerk-Meyer no le gustó demasiado y prefería ver qué saldría después. Siempre mantuve esa duda, porque en la siguiente visita que teníamos, una empresa dedicada a la fabricación de uniformes para el ejército, el encargado tenía disponible una plaza de mozo de almacén para ayudar a rellenar cajas o cargar los camiones, y el sueldo curiosamente resultó ser el mismo.

Al final del día decidimos que Rudolf entraría a trabajar en la fábrica de uniformes y yo en el taller de torno y fresa, dado que siempre se me había dado bien trabajar con las manos y prefería una actividad relacionada con cotas, medidas, figuras, antes que cargar un camión de uniformes. Rudolf, por el contrario, prefería un trabajo más físico y no tener que pensar demasiado, por lo que el puesto del almacén le pareció hecho a su medida.

Sin más dilación comenzamos a trabajar al día siguiente. En mi caso, el trabajo me gustaba y se me pasaban las horas rápidamente. Además, tras dos semanas en la empresa, comencé a entablar cierta amistad con Robert, que era la persona a la que solía ayudar en el torno. Robert era un hombre ya mayor con una dilatada experiencia profesional en la mecanización de piezas. Muy delgado y enjuto, con algo de joroba, de pelo casi albo y siempre con un cigarrillo apagado y consumido



en la comisura de los labios. En su mano derecha solo albergaba los dedos pulgar e índice, el resto los perdió cuando se le enganchó la mano en una prensa y se los machacó por completo, teniéndoselos que amputar. Solo me fastidiaba de él una cosa: cada vez que me saludaba o hacía bien algún cometido, me despeinaba con su media mano, agitándome el pelo cariñosamente. Daba igual lo bien peinado que pudiese salir de casa, al final de mi jornada siempre tenía el pelo como si hubiese estado colgado boca abajo. Con el tiempo, y cuando le conocí más a fondo, me fue importando menos este gesto, ya que no había ninguna malicia ni ninguna segunda intención en ello. Yo procuraba ser muy diligente y perfeccionista en mi trabajo, pero, cuando algo no quedaba del todo bien, Robert me decía: «Chico, chico. Si yo lo hago perfecto con mano y media, tú lo deberías bordar con las dos manos». Y razón no le faltaba, era increíble verle trabajar y manejar esas máquinas con apenas dos dedos. Siempre bromeaba con la posibilidad de quedar un día para ir a bailar y que le buscara una novia. Pero aunque le apreciaba como persona y profesional, no era el tipo de hombre que pudiese encontrar pareja en una sala de baile. Además, su halitosis conseguía que todo el mundo le hablase al menos a un metro de distancia, excepto yo, que no tenía más remedio que trabajar junto a él. Nunca llegué a verle sin ese cigarrillo consumido en sus labios, creo que hasta se bañaba con él.

La vida en la casa de los Wagner era algo monótona, triste y gris. Era un matrimonio muy encerrado en sí mismo y tanto Rudolf como yo procurábamos salir a dar una vuelta antes que quedarnos en casa hablando de cosas triviales.

Un domingo por la mañana, Rudolf y yo nos encontrábamos en la habitación medio dormitando cuando de repente llamaron a la puerta. Se trataba de frau Wagner, la cual nos indicó que había llegado alguien al que debíamos conocer y que nos vistiésemos.

Nos aseamos y vestimos lo antes posible y bajamos al salón. Allí se encontraban los Wagner muy sonrientes en compañía de un menudo y joven chico de aspecto frágil, con unas gafas redondas de alambre, pelo algo rizado y oscuro, de manos huesudas y con un cierto aire bohemio e intelectual que recordaba al compositor Gustav Mahler. Era muy correcto y afable en el trato y no dejaba de sonreír.

—¡Chicos! Os presento al hijo de un muy buen amigo mío, se llama Müller, Helmuth Müller. Y vivirá con nosotros durante un largo periodo.

—Hola, buenos días —saludó Helmuth—. ¿Qué tal estáis? Espero ser una buena compañía para vosotros.

—Igualmente. Estamos encantados de conocerte —respondí.

—Helmuth ocupará la habitación contigua a la vuestra. ¿Seríais tan amables de indicarle dónde es mientras abro el correo?

—Por supuesto, herr Wagner. Acompáñanos, Helmuth, te indicaremos tu habitación —le dije.

Mientras subíamos por las escaleras, Rudolf cogió la enorme maleta de Helmuth, ya que este apenas podía cargar con ella, casi era más grande y pesada que él.

—¿Qué te trae por Berlin? ¿Buscas trabajo? —pregunté.

—En realidad vengo a estudiar Derecho en la Universität unter den Linden.

—¡Vaya, vaya! Así que tenemos ante nosotros a un futuro abogado —comentó Rudolf.

No me gustó el tono en que dijo estas palabras y mucho menos lo de «abogado», parecía como si pretendiese ofender o provocar al pobre chico. Noté cierta envidia. Helmuth solo le contestó asintiendo con la cabeza y sonriendo. Me caía bien ese chico, tenía una mirada noble y era correcto y discreto. Intuía que nos llevaríamos bien.

Una vez en la habitación, convenientemente acondicionada por frau Wagner, Rudolf se sentó agotado en una silla tras dejar la enorme maleta caer contra el suelo. A lo que Helmuth exclamó:

—¡Cuidado! Rudolf, por favor, llevo cosas delicadas dentro. Muchísimas gracias por haberme ayudado a subirla.

—¿Ayudado? —preguntó Rudolf—. ¡Pero si la he subido yo solo! Además, ¿se puede saber qué diablos llevas que sea tan pesado y delicado?

—Sobre todo ropa, que es lo que pesa. También llevo una cámara de fotos que me regaló mi padre, con su trípode y material para el revelado.

—¿Así que te gusta la fotografía? Eso es estupendo, siempre me ha llamado la atención —comenté.

—Si tenemos ocasión te podré enseñar. Mi cámara es una Leica I.[9] Es algo antigua, pero es muy fiable y sencilla de utilizar.

A todo esto Rudolf comenzaba a quedarse dormido, no sé si para demostrar su rechazo y falta de interés hacia la afición de Helmuth o por no haber podido dormir hasta las tres de la tarde, como solía hacer los domingos.

Nos quedamos conversando en la habitación durante algo más de una hora. Helmuth me contó que su padre, herr Müller, salvó la vida de herr Wagner en la guerra y que a raíz de aquello ambos eran muy amigos. Me dijo que venía de una

familia humilde, que tenía una pequeña granja a las afueras de un pueblo llamado Müncheberg, cerca de Berlín. Su madre había fallecido al dar a luz a su hermana, que vivía con su padre en la granja.

Los meses siguientes transcurrieron entre el trabajo en el taller, las salidas a las tabernas y a algún cabaré, y mis largas conversaciones con Helmuth, que me demostró ser una persona extremadamente madura y sensata para su edad, con una claridad mental sin precedentes y que razonaba con una lógica inusual. Resultó ser un buen compañero de dilatadas e interesantes sobremesas de fin de semana en las que ambos creíamos tener todas las ideas necesarias para arreglar el mundo. ¡Qué ignorante e iluso te hace la juventud y qué poco tarda uno en darse cuenta de ello, cuando la realidad muestra su cara más amarga!

Marzo de 1938

Uno de aquellos días nos despertamos con una excelente noticia. Nuestro Führer había conseguido el Anschluss.[10] Sin duda alguna aquello era un hecho histórico. Ya era hora, poco a poco íbamos recuperando nuestro antiguo imperio.

En la calle no se hablaba de otra cosa, la gente estaba contenta y en el trabajo brindamos con vino por tan emotivo momento histórico.

En casa de los Wagner había cena especial para festejar ese día. El que no demostraba haberse alegrado en exceso era Helmuth. Parecía contento, pero como con reservas. No sé qué le pasaba. Tampoco pretendía decirle nada, cada uno siente las cosas de una manera distinta. Aunque no estuvieses de acuerdo con la política del NSDAP, la anexión de Austria al territorio alemán no dejaba de ser una buena noticia, más aún a sabiendas de que una gran mayoría de los austriacos estaba a favor.

Eran las siete de la tarde y nos dispusimos a cenar. Herr Wagner estaba eufórico y frau Wagner seguía en su mundo, en su modesta presencia, sin decir una palabra más alta que otra, viendo pasar la vida a la sombra de su marido. Una mujer anulada por la fuerte y arrolladora personalidad de su marido. La mesa estaba puesta, habían sacado parte de la vajilla que se encontraba guardada en la vitrina y habían descorchado una botella de un vino francés. Herr Wagner se puso de pie y solemnemente nos dijo:

—Hoy es un gran día. Como sabéis, Austria ha sido anexionada a Alemania, formando así un gran imperio tras haber anexionado dos años atrás la región del Sarre. Alemania, de manos de nuestro Führer, que Dios guarde muchos años, se está convirtiendo en una gran potencia tanto industrial como militar, que evitará en un futuro no muy lejano que naciones como Francia o Inglaterra vuelvan a reírse de nosotros. Estoy en disposición de decir, y lo sé de buena tinta, que estos hechos no son aislados y que poco a poco se irán recuperando aquellos territorios que un día fueron nuestros.

Tras aquel pequeño discurso se sentó y comenzamos a cenar. Frau Wagner había hecho un guiso de patatas con carne delicioso. Tras la cena, la cual había transcurrido sin demasiada conversación, el casero se dirigió a Helmuth y le dijo:

—Llevas toda la cena callado. ¿Estás triste? ¿Te ocurre algo? ¿Acaso es que no te alegras por el momento histórico que te ha tocado vivir?

—Sí, por supuesto. No me ocurre nada, simplemente no estoy totalmente de acuerdo con la manera en que se ha llevado este tema del Anschluss —respondió.

—¿A qué te refieres? —preguntó herr Wagner.

—Me refiero al asesinato del canciller austriaco herr Dollfuss en 1934, o a los más de ochocientos asesinados por el Partido Nacionalsocialista Austriaco, o a la población austriaca que no está de acuerdo con la anexión. ¿Qué va a ser de ellos? ¿También se los matará? A decir verdad, no, no estoy del todo contento con el Anschluss, no por el hecho en concreto, sino por lo que pueda venir a partir de ahora.

Herr Wagner, con rabia e indignación contenida, le contestó:

—¡Mira, Helmuth!, no tomes a mal mis palabras, ya sabes que te quiero como a un hijo y que te vi nacer, pero no sabes lo que dices. No tienes ni la más remota idea de lo que pasa a tu alrededor. Aunque eso que comentas sea verdad, en todos los grandes logros de la historia de la humanidad se han producido bajas irremediables, gente que sobra, gente que se oponía al normal curso de la historia y a la decisión de la mayoría. Tu padre no se alegraría al saber que piensas así, aunque tú no eres el responsable, es esa universidad en la que te llenan la cabeza con tonterías. Si estudiaseis más historia, os daríais cuenta de lo que hemos sido y cómo ciertos países se han estado aprovechando y burlando de nosotros desde que existe el mundo. Ha llegado la hora de hacérselo pagar, de hacer justicia. Por fin tenemos al timón de nuestro país a un hombre visionario, con las ideas claras, valiente y decidido. ¡Falta hacía ya!

—Helmuth, herr Wagner tiene toda la razón, todos esos muertos no son más que escoria, gente que sobra al oponerse al destino —dijo Rudolf—. Cuando sacas de una fundición una pieza siempre hay material alrededor que sobra, y aunque es material igual que el de la pieza, no es parte indispensable de ella, por lo que hay que eliminarlo para obtener el resultado final que pretendemos. Te pondré otro ejemplo: cuando quieres hacer una talla de madera partiendo de un tronco, la madera que eliminas es tan buena como la que pretendes reservar para la talla, sin embargo hay que eliminarla para poder obtener la figura definitiva, el resultado final. Eso mismo pasa con la gente. Si el precio de la anexión de Austria a Alemania son esos ochocientos muertos y su canciller, bienvenido sea. Yo defiendo la idea de que «el fin justifica los medios».

Yo no daba crédito, pocas veces había oído a Rudolf hablar tanto y con tanta solemnidad. Le veía perfectamente convencido de las palabras que pronunció. De hecho, por un instante y mientras hablaba, no me pareció él. Sabía que la postura de Rudolf frente a la política era infinitamente más radical y extrema que la mía, pero de ahí a pensar en los muertos como escoria había mucho trecho. Quizás pudiera estar sobreactuando para ganarse el reconocimiento de herr Wagner, lo cual parecía haber conseguido a juzgar por la cara de satisfacción del casero.

—¿Y tú, Franz? ¿Qué opinas al respecto? Eres el único que falta por posicionarse acerca de este tema.

—Yo, herr Wagner, partiendo de la base de que me alegro enormemente de la anexión, porque eso indica que seremos en el futuro más fuertes y prósperos, mi posición frente a este tema sería intermedia entre lo que opinan Rudolf y Helmuth.

Herr Wagner comenzó a reír a carcajadas mientras limpiaba su pipa y dijo:

—Eres un diplomático, Franz. Tú sí que sabes andar entre dos aguas. Eres inteligente, chico, no te posicionas en los extremos, pero con el tiempo esa ambigüedad no te servirá de nada y llegará un momento en tu vida en el que debas elegir entre norte o sur, izquierda o derecha, blanco o negro. No puedes vivir eternamente en el gris.

—No veo por qué no, herr Wagner. Simplemente digo que aunque estoy a favor de la anexión, hubiese preferido que no hubiese habido tantas bajas. Si se pueden conseguir las cosas hablando y no disparando, mejor que mejor, ¿no? Antes de llegar a matar a nadie, seguro que hay soluciones alternativas para conseguir lo mismo sin necesidad de fusilar a la gente.

—¿Pero qué tonterías tenéis en la cabeza? ¿Acaso es normal que nos roben territorios donde aún hoy viven compatriotas nuestros sin defenderlos con uñas y dientes? ¿Acaso se nos ha escuchado a los alemanes? ¿Consideráis que la historia de la humanidad o de Europa se ha forjado sobre charlas y palabrería? De ninguna manera, no, no, y rotundamente no. Europa se ha hecho a base de guerras, de luchas encarnizadas entre pueblos, de sangre. ¿Y vosotros sois la nueva Alemania? ¿La Alemania en la que confía nuestro Führer para conseguir sus objetivos? ¡Menos mal que no hay muchos como vosotros! ¡Todo el mundo a acostarse, la cena ha terminado!

Herr Wagner se levantó violentamente de la mesa, lo que provocó que una copa de vino se cayese sobre el blanco mantel bordado que rápidamente puso en pie frau Wagner, con esa mirada sumisa, más de servidumbre que de esposa. Todos

nosotros subimos a las habitaciones mientras la casera se quedó recogiendo la mesa. Una vez arriba, nos metimos los tres en la habitación de Helmuth. Allí comentamos la violenta e incómoda situación que acabábamos de presenciar. Helmuth y yo coincidimos en que se había alterado en exceso cuando solo estábamos disfrutando de una charla y de nuestras diferentes opiniones en la sobremesa, y que el mismo respeto que mostrábamos nosotros por su opinión debía él tener por las nuestras. Por su parte, Rudolf no se mostraba en desacuerdo con la reacción de herr Wagner, sino que más bien la justificaba y la aprobaba. De cualquier forma, no debíamos darle mayor importancia y nos fuimos a acostar, ya que al día siguiente todos teníamos que madrugar.

Yo, una vez en la habitación, no conseguía dormirme. No dejaba de darle vueltas a la reacción de herr Wagner. Rudolf, sin embargo, roncaba a pierna suelta, tanto que parecía que las paredes se pudiesen venir abajo de tal escándalo.

Me levanté con la intención de encenderme un cigarrillo y distraerme un poco mirando por la ventana mientras me llegaba el sueño. Corrí ligeramente las cortinas para mirar y allí estaba otra vez la chica del ático de enfrente. Se encontraba dentro de su casa, al parecer con la radio puesta, bailando en compañía de un hombre bastante mayor que ella. Esta vez no estaba en bata, sino que llevaba puesto un bonito vestido verde, muy escotado, con un collar de perlas. De pronto, el hombre la cogió por la cintura y comenzó a besarla sin ninguna delicadeza, cosa que a ella no pareció importarle demasiado.

La chica miró hacia mi ventana, sonrió y me guiñó un ojo como meses antes, pero esta vez era imposible que supiese que la estaba observando, yo estaba con la luz apagada, no podía verme. ¿O sí? Qué estúpido, claro que sabía que estaba mirando, habría visto la luz del cigarro. Qué torpe fui, ¿cómo no caí en aquel detalle? Si antes ella tenía dudas sobre si era un mirón o no, yo mismo se las acababa de despejar. Pero... ¿cómo explicarle que no pretendía observarla?, que simplemente su casa estaba frente a mi ventana a escasos diez metros. ¡Qué situación! Ambos se abrazaron muy efusivamente y desaparecieron de mi vista. Supuse que sería su novio o marido, pero ¿un novio o marido besaría de esa forma tan grotesca y grosera a su compañera? Lo dudo.

Al día siguiente, cuando volvía del trabajo, varié ligeramente mi recorrido habitual, ya que tenía que comprar unos sellos y una postal para mi abuela. Yo iba a lo mío sin fijarme demasiado cuando, de repente, levanté la vista y la vi a escasos veinte metros de mí. Era ella, la vecina de enfrente. No sabía qué hacer, si

seguir adelante fingiendo no haberla visto o darme la vuelta. Mientras me decidía, la distancia se iba acortando y ella me vio.

Pocas veces he pasado tanta vergüenza como ese día. Seguí andando haciendo como si no la hubiera visto cuando, al pasar junto a ella, exclamó con cierta mofa: —¡Buenas tardes, vecinito! ¿Dónde vas tan rápido? No me como a nadie.

Y seguí andando incapaz de articular una palabra más. Cuando me di la vuelta, allí estaba ella, esperando a que la mirase, momento que aprovechó para lanzarme un beso, guiñarme un ojo y reírse de mí. Noté cómo en ese momento me ardía la cara por el sonrojo. Entonces fue cuando caí en la cuenta de su provocativa manera de vestir, de su desparpajo con los hombres, poco común en una señorita que se considerase respetable, y en lo que hacía ahí en medio de la calle. Todo encajaba, se trataba de una prostituta, muy atractiva, por cierto. Ahora entendía las miradas, las sonrisas y el baile en el salón de su casa la noche anterior.

Habían pasado varios meses en los que mi amistad con Helmuth cada vez era más fuerte, a la vez que se iban deteriorando mis vínculos con Rudolf. Tenía muchos puntos en común con Helmuth, era una gran persona, un buen amigo, y comencé a darme cuenta de los defectos y errores de Rudolf. ¿Cómo no los vi antes? Quizás al ser una amistad de la infancia nunca había prestado atención al cinismo, envidia y odio que Rudolf era capaz de desarrollar.

Creo que era algo mutuo, pues, aunque dormíamos en la misma habitación, hacía meses que los dos sabíamos que las cosas habían cambiado. Él últimamente solía salir a tomar algo con la gente de su empresa y venía a altas horas de la noche, sin que hasta aquel momento me hubiese invitado a acompañarlos, lo cual inequívocamente era muestra de algo, ya que antes eso hubiese sido impensable, éramos como hermanos.

Era lunes, 7 de noviembre, hacía mucho frío y estaba nublado. Era un día gris en el sentido más amplio de la palabra, sin nada relevante, un día como otro cualquiera. Al volver del trabajo, mi casero, bastante enojado, me dijo que un polaco había disparado contra un diplomático alemán en París, herr Von Rath, y que este se encontraba gravemente herido. Por lo visto, el agresor fue a la embajada a pedir ayuda tras saber que su familia se encontraba en los campamentos de la frontera entre Alemania y Polonia por las deportaciones de judíos del pasado día 28, y el hecho de que la embajada no le hiciera ni caso es lo que había causado la reacción del polaco.

Después de ver todos estos sucesos desde la perspectiva que solo el tiempo transcurrido es capaz de dar, puedo considerar esa semana como el principio de la



guerra, el punto de no retorno, porque a raíz de aquello Europa no volvería a ser la misma.

Dos días después, el día 9, Von Rath falleció a consecuencia de las heridas. Esa misma noche se desató la mayor muestra de odio expresada hasta el momento. Fue terrible. Esa locura pasaría a la historia como «la noche de los cristales rotos».

Ese viernes después del trabajo me quedé charlando y fumando con Helmuth en mi habitación.

—¿Has visto? —le pregunté—. La calle estaba llena de gente de las SS[11] y de policía.

—Es increíble. Los nazis han destruido casi todas las sinagogas de Alemania, los comercios de los judíos, sus almacenes... Esto es una locura. Y todo porque un polaco loco ha asesinado a Von Rath. ¿Qué culpa tienen los judíos de aquí de lo que haga un descerebrado?

—Tienes razón. Las cosas están tomando un rumbo que no me gusta. Me preocupa esta violencia. Espero que todo se calme poco a poco. Robert, mi compañero de trabajo, me ha dicho que vio a un grupo del NSDAP golpear con palos a un judío en plena calle hasta dejarle inmóvil en el suelo. Se habla de varios muertos. ¿Dónde nos lleva esta sinrazón?

—Ya veremos dónde desemboca todo esto —contestó Helmuth—. Sí, lo veo muy mal, y aunque toda esta situación no va con nosotros, no descarto dejar los estudios durante un tiempo y volver a Müncheberg hasta que las cosas se calmen un poco.

—Ahora que mencionas tu pueblo, dijiste en una ocasión que podíamos ir a pasar un fin de semana a tu casa, a distraernos un poco en tu granja y conocer a tu familia —comenté.

—Sí, tengo ganas, pero ya de cara a la primavera, ¿no te parece? Ahora hace mucho frío y está todo nevado. Allí mi padre tiene muchos animales y es un bonito sitio en medio del campo donde pasar unos días agradables. Seguro que te gusta.

—Cuando tú digas.

Seguimos hablando durante algún tiempo hasta que se nos acabó el tabaco.

Los meses posteriores transcurrieron con relativa tranquilidad. Comenzaron los llamamientos para alistarse en la Wehrmacht y los tres sabíamos que, tarde o temprano, nos tocaría cumplir con nuestra patria. Tras la ocupación de Praga el 15

de marzo de 1939, las pretensiones del Führer se hacían cada vez más evidentes y los tambores de una posible guerra cada vez se oían con más fuerza.